



El Refugio

ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA

VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

El Refugio

Elko Omar Vázquez Erosa

Libro 5



Diván

El Refugio

© 2001 Elko Omar Vázquez Erosa

© 2019 Elko Omar Vázquez Erosa

Diseño: Elko Omar Vázquez Erosa

Ilustración de portada: El portón. Pilar Sánchez de Erosa.

SE RESERVA TODOS LOS DERECHOS

Elko Omar Vázquez Erosa

Blog:

<http://voluptuosidadeslapalabra.com>

<https://www.youtube.com/@voluptuosidadeslapalabra>

I. APUNTES DE VIAJERO

Antes de llegar a ti

caminaba por las calles
bajo la sombra de dragones rojos
que iban a morir en las montañas.

Antes de llegar a ti,
mujer escarlata,
habitante de los sueños.

Y todo era luces y fulgores
de la ciudad aborrecida;
después llegaste,
hecha de árboles
que bebían el agua
donde corría nuestra sangre.

Las luces distantes

siempre imaginan
mujeres sin rostro,
tal vez porque hablan
de lugares lejanos,
tal vez porque hablan
de alguien que regresa.

Por el camino de la ciénaga,
bajo los jirones verdes
que cuelgan de los árboles,
una carreta pasa
con dos hombres como sombras.

Van fumando un cigarrillo,
cantando historias de fantasmas
y de amores.

Él seguía buscando

las fuentes del río,
él seguía todos los hilos,
ese rumor de cristales,
la risa de una mujer
que se dijo del agua.

La llanura...

abruptamente cortada
por cerros y hondonadas.

Te recuerdo,
en los valles rubios
y en las grietas,
en los llorones lejanos,
prisioneros de la lente.

Si por un momento

sintieras nostalgia
del tiempo que pasabas
en mis brazos,
y yo pudiera
respirar de nuevo
el aire fresco de tu pelo.

Si por un momento
coincidieran los caminos,
y fueras musgo
acariciándome la piel.

A veces, en verano, veo deformarse

las casas lejanas donde nacen
aves y culebras de un soplo ardiente.

A veces recuerdo días similares
en que seguíamos con la mirada
el paso de los trenes.

Apuntes de viajero:

en la estación lejana
donde el viento desgarró
las láminas del techo
espero, fumando un cigarrillo,
a que el tiempo me reintegre
tu presencia.

Poco después de la lluvia

unas nubes entre los cerros
y una dosis de melancolía
en el perfume de la tarde.

Las casas de adobe desnudo,
los sauces, los álamos
y toda la belleza indescriptible
de unos ojos azules
mirando lejos y tejiendo sueños.

Hay veces
en que me devuelves la fe,
en que me ayudas a combatir
esta vejez prematura
que se adueñó de mi alma.

Hay veces en que eres
el capullo tierno de una flor,
o bien una sombra difusa
en las aguas turbias
y desbordantes del río.

Te busco, deambulando
en los valles solitarios,
entre las piedras cubiertas de musgo
y en historias celtas
de mujeres disfrazadas de raíces.

Tú, el último,
esquivo ingrediente del mago,
canto del naufragio
y de ciudades perdidas
en la imaginación.

Lamiendo mis heridas descubrí

que fui un río deseoso
de volver sobre su cauce,
pero la conciencia de la vida
había cerrado las puertas
que antaño nos abrieran los dioses,
entonces me puse a escribir poemas
que lamentaban la pérdida de nuestro ayer.

Aguardo con paciencia

lavando las llagas de mis pies
a un lado de la fuente.

Un monasterio de silencios
te recuerda, te sueña y te dibuja.

Hay veces
en que la memoria traicionera
grita como ave de rapiña
entre remolinos de polvo,
entre los fantasmas
y el aire caliente de la carretera.

Hay veces
en que la memoria te imagina
hecha de calvario y espejismos.

La esperaba, ella me miró
a través de los cristales del vehículo.

Aquella tarde un beso, una promesa:
fue cuando lloré, literalmente,
conmovido en su belleza.

La veía flotar
en el silencio de la estancia,
la creía tan lejana y sin embargo,
estaba a un paso.

Aquella tarde un beso, una promesa:
fue cuando lloré, literalmente,
conmovido en su belleza.

El viejo árbol

tirado en el estanque,
protestando contra el cielo
con sus ramas de gigante.

La guadaña de la muerte
—el diablo disfrazado de mendigo—
mi campana de leproso
recorriendo los caminos.

Doña Chu hablaba junto al fuego
de memorias deslavadas.

Ella recordaba cuando los apaches
llenaban las colinas,
cuando todo era violencia en los campos
y los colonos respondían con pólvora
desde los muros de adobe.

Ella hablaba de fantasmas,
de tesoros malditos
y del diablo
tirando plata en los cruceros.

Un día, impulsiva como eras,

decidiste seguir el camino
de las flores amarillas
y anduvimos entre ruinas
de haciendas y ayeres.

Bebimos
de estanques silenciosos
y nos refugiamos de la lluvia
para que escribieras un poema.

Aquella vez
me contaste tus secretos
y pude ver
en el fondo de tus ojos
azules y llenos de tristeza.

Aquella vez fuiste mía
—lo recuerdo o lo imagino—.

Hoy, con las gotas pesadas
que llora el cielo
bebo la amarga ausencia
que dejaste.

Este lago de cisnes y cristal,
de insectos luminosos y de ensueños
que duermen en el fondo;
la búsqueda imposible de fantasmas,
luna en la sangre y sed interminable
por causas imposibles.

Yo, buscador de quimeras,
soy el agua turbia del tiempo.

Yo, con mi fardo de impotencias,
soy una huella en el barro seco
y en las grietas.

A veces, cuando intento
desandar mis pasos,
me llama el canto de la carretera.

Este pueblo de espectros

que desfilan por las calles
ateridos de frío y de memorias;
este desvelo de recuerdos
y de sueños inconclusos
en ardientes clavos de nostalgia,
en el aullido de los perros
pronunciando el nombre de las diosas
que se fueron,
pronunciando los instantes
que se bebían la vida
con trucos altaneros y mezquinos.

Esas voces de la tierra
bañándose de sombras y fulgores
que preludiaban tormentas,
puertos lejanos de tu alquimia:
dolorosa impresión, cruz helada,
ego solitario del poeta.

Ella duerme dentro del agua

y los cuervos murmuran
con voces de montaña.

El viento llora
y los techos de zinc
protestan contra el cielo.

Ella despierta
y se vuelve canto de pájaros,
una gota de sol
sobre los muros de tierra,
sobre las piedras ardientes
que la imaginaban azul,
eterna esfinge de los sueños.

Una vez desperté y vi un ángel,
otra vez cabalgué hacia el ocaso.

Hace mucho adiviné la eternidad
en la canción de los nenúfares.

Y vi tu reflejo y supe que eras mía.

El Refugio,

la vieja hacienda dormida,
arrullada de memorias:
las palomas descansan
entre los barrotes de las ventanas
y el viento gime las quimeras
de los cerros
que se diluyen contra el cielo;

y grita la llanura atormentada
con recuerdo de ejércitos
y anhelos por la lluvia.

Bajo la sombra de los cuervos
los maizales lloran
con frutos rubios de sudor y sangre,
y la tierra olvida
en el sueño imposible de la tarde.

Hoy, contando las veces que te amé,
las horas, los meses y los días,
los caminos que imprimieron
distancias interminables
para volver ceniza
los ayeres compartidos
una tarde mitológica.

Eres canto de fantasmas,

perfume del aire,
alfalfa verde entre tus ojos
ebrios de pintar el paraíso.

Vuelo de auras,
baile de viento
hechizando el pincel.

En las memorias de Betsabé,

mi bisabuela,
los indios asaltaron la carreta
y mataron a su hermana.

Un día, un guerrero
bajó del caballo a beber agua.

Dicen que apenas
pudieron detenerla,
que en sus manos
relumbraba un cuchillo.

Esas historias
contaban los viejos,
historias de días
que sólo sobreviven
en fotografías requemadas.

¿Por qué quería volver

si sabía que amarte era imposible?

No lo sé, ya no recuerdo,

tal vez me guiaba

un instinto ciego de crustáceo.

Tal vez imaginé que te vería,

que podría recrearte en el silencio.

Los indios hablan

de pueblos hundidos en el agua.

Dicen que detrás de las montañas,
en un lago, negándose a morir,
asoman campanarios.

Doce de la noche,

fumando entre los árboles
veo las luces del pueblo,
escucho ladrar los perros,
el rugido breve de la carretera
y el paso cansado del viajero.

Edith, enciendo otro cigarro,
vuela la memoria
hasta la puerta de tu casa
y te imagina dormida,
inalcanzable una vez más.

Caminé hasta la orilla

del puente destrozado,
derramé una lágrima en el agua
y dormí cubierto de insectos azules.

Y tú ardías como un sol,
horadabas las rocas con tu imagen.

Arrojé la espada,
me dejé caer sobre la hierba
y me fui secando:
despojo de los días luminosos
en que soñaba
cobijado por tu pelo.

Cubrí mi desnudez con hojas,
bebí de todos los ríos
y ninguno fue, siquiera,
débil reflejo de tus labios.

Tú, silueta extraviada del anhelo:
me condenaste a la sed eterna
de paisajes solitarios
que nunca consiguieron recrearte.

Busco la condición primera

de la infancia,
el muérdago del druida
y los cristales de la luna.

Tú, diluida siempre,
brebaje oscuro de las musas
tallado en signos incomprensibles
que quisiera beber hasta la locura.

Tú, la impronunciable,
la que siempre niega,
balada mágica del cuervo
y del ensueño.

¡Cuán inútil invocarte!

¡Cuán inútil pensar
que estás dormida!,
porque eres fugitiva,
porque si te llamo
sólo volverá tu nombre.

II. A VECES REGRESAN

Ella, mujer nostalgia,

mujer de lluvia,
retratando los ayeres
en sus ojos pardos,
en voces que recuerdan
un beso líquido,
largamente imaginado.

Ella, mujer nostalgia,
mujer de lluvia,
confundida entre los fieles
de la iglesia, evocando
los poemas que le hacía
para después guardarlos
en las grietas de los árboles.

Flor de tu pelo,

dormida en el murmullo
de los sauces
aguardando la plegaria.

Bañada de sol,
el agua lame las orillas rojas,
el recuerdo grita
y choca entre las piedras
para deshacerse como espuma.

Dicha clara
de tus manos y del sueño,
vuelo de pájaros
sobre la ansiada sepultura.

Pincelada violeta del crepúsculo,
perfume frío del estanque
narrando historias de ondinas
y fantasmas
con la melodía frágil de las espadañas.

Luz de tus ojos plasmados con rabia
en ventanas de casuchas lejanas.

Canto viajero de los siglos
en la danza petrificada del viento
cortejando a los árboles.

Pincelada violeta del crepúsculo:
me dejaste frío
derramando de mis venas
los espectros más feroces,
proyectados por tu ausencia.

Y vi los árboles reflejados en el agua,

y vi la luna maliciosa moldear quimeras,
y seguí el vuelo de los fuegos fatuos
buscándote en las criptas inundadas,
y fingí que volvías, y acaso lo creí.

Queríamos cosechar estrellas

y consultábamos libros raros
de sueños y poemas:
fue cuando encendimos
nuestros primeros cigarrillos.

La vida nos trajo
amores y problemas,
caminos diferentes
con una gota de fracaso.

Hoy me pregunto, insatisfecho,
de los frutos que previamente
supusimos en las manos.

La seguí bajo la fría llovizna

por un laberinto de paredes derruidas,
por oscuras habitaciones que goteaban.

Los árboles cantaron,
ella fue a sentarse junto al pozo:
esbozaba una sonrisa clara,
húmeda y eterna.

Gritas...

desde las montañas
moradas del ocaso.
¡Siempre gritas!
¡Siempre vuelves!
Tú, diseño de eco
y transparencia,
explosiva en las nubes
de la tarde.

Estuve pensando en ti,

los relámpagos
iluminaban los cerros
y una luz intermitente se colaba
por las ventanas enrejadas
de los vacíos galerones.

Te escribí un poema
que se llevó la lluvia,
te mandé un beso
que se bebió la tierra;
entonces comprendí
como sólo comprende
el que sueña.

Contemplé los sauces agitados,
las caballerías abandonadas,
y supe lo que era
gritar de espanto y soledad.

Encendí un cigarro
y pase mil años
mirando los charcos
que se formaban en el suelo.

Quise dibujar tu rostro,
quise fingir que te oía,
pero las ranas hablaban
de un desamparo antiguo
—antiquísimo—
perdido en la memoria
de los hombres.

Duermes...

a un lado de la fuente,
el libro ha caído de tus manos
y la brisa viene a entrelazarse
con tu pelo.

Sueñas...

un sueño de agua
y de insectos dorados,
y no revelas el misterio
que reposa entre tus labios.

Escribir un poema-nostalgia,

pretender que te amo
cuando sólo amo una sombra
hecha a tu imagen;
trazar un vuelo de golondrinas
buscando un rincón silencioso
de ruinas;
mirar cómo pasa la vida
y aislarme,
volverme trueno y relámpago
y otra vez noche;
y una vez más
en los brazos fantasma
de la musa callada
—esta vez, amor,
que sea para siempre—.

Nadie pasa por las calles del pueblo,

la penumbra se disfraza
en las casas encaladas
y la plaza, oscura y silenciosa
bajo los brillantes clavos del cielo,
iluminada con faroles,
muestra sentados en las bancas
los fantasmas de mi adolescencia,
en las puertas de la iglesia
y en el quiosco.

A lo lejos ladran los perros
y me llega a la memoria tu mirada,
tus pupilas negras y líquidas.

El cine
ya no atiende a los amantes
ansiosos por un rincón
donde puedan jurarse todo aquello
que luego se disuelve.

Sigues callada,

sigues sombría y silenciosa
sin que yo acierte a las palabras,
sin que logre tocar las fibras
más secretas de tu piel,
sin que llegue a conmoverte
porque hoy no eres.

Sigues distante
—hielo en los ojos—
muda estatua de sal para decirme
que hoy termina el sentimiento
que creí,
con la soberbia de los faraones,
hecho para una eternidad.

Yo esperaré

en los límites de esta tierra
señalada con postes
y alambres desvencijados,
en la entrada, cerca de la luna,
donde dicen
que a veces regresan los fantasmas
disfrazados de luciérnagas.

Oscura lontananza de los valles

en vapores ebrios de la tarde
y en las raíces de los sauces.

Silueta irisada de memorias,
conjuro de tu risa
en la ausencia implacable
de los días que soñamos
tendidos bajo el árbol de las moras
descifrando el vuelo de las auras.

Eras magia de la hierba,
rumor y brisa del camino.

Fuiste soplo de la aurora,
trémulo esbozo del ayer.

Hoy no funcionan los hechizos
y el paisaje grita, y el paisaje llora
el vuelo tenue de tu pelo
armado de cadencias.

Soy testigo de lo irrecuperable,
la sombra de un ángel
que se resarcía en la pradera.

Oscuro breve:
dices que te olvido,
pero en invierno los pájaros cantan
de jardines que antaño visitaban.

Quisiera tenerte a mi lado,
pero siempre lejana,
siempre bañada de ausencia...

...siempre callada.

Esfinge nocturna,
silencioso cuadro
de mi soledad.

Robaste mi sangre
en un lecho de vidrio
y espinas.

Imagen clara de un ayer
que rociaba polvo de estrellas
en tu cuerpo.

Estuve a punto

de recordar un sentimiento
de los días
en que aguardaba tembloroso
tu llegada.

Estuve a punto
de tocarte en la memoria,
de perderme entre tus brazos
y mirar, otra vez,
dentro de tus ojos.

Hoy, lobo entre los lobos,
la busco enloquecido de silencio
aguardando, neciamente
a que regrese.

Ella, soplo de violencia,
suspiraba entre las ramas
del encino
—luminosa y blanca—
atento la miraba
junto al río.

Hoy, lobo entre los lobos
husmeo la tierra,
el viento y mis recuerdos.

Ella, desnuda y suave,
tal vez soñaba
que el agua la llevaba
a jardines de quimeras
e imposibles.

Ella, hermosa y trágica,
preludiaba la caída de la nieve.

Un cerco hundido,

las hojas muertas caen
despertando círculos de agua
que fluyen como alas.

Cielo rosa de tu cuerpo
sobre el lago, tu silueta...

...por un momento
y nada más.

Por las noches, el carretero

de la muerte
recorre polvosos caminos
donde los jinetes del olvido
cabalgan silencios fantasmales,
y las viejas cierran los postigos
y murmuran calladas oraciones
clamando por el alba.

Se escucha la protesta de los perros
y el lamento de los niños
que murieron sin bautizo,
y entre las luces rojas de la montaña
el paso de guerreros descarnados
recreando añejas batallas
roba el juicio al caminante.

Y llueve risa de demonios
arañando las puertas del medroso
y se deja oír el campanario
de un convento que ya no existe.

Los ancianos alimentan el fuego
tratando de ignorar que en las ventanas
una danza macabra
arrastra cadenas de ayer.

En las ruinas de una hacienda,
fumando un cigarrillo entre sombras
y ecos de sonrisas infantiles.

En las ramas de un álamo
los cuervos entonan canciones
de nuestro paso breve por la tierra.

Dentro de tus muros

de grietas y lamentos,
de puntos luminosos
que hieren el zinc,
escucho a los demonios
que aúllan en los postigos.

Este poema de hojas en el agua

donde antes nos bañábamos
desnudos y sonrientes.

Este fluir del tiempo,
conciencia de la muerte.

Hace mucho fuimos
desterrados de la eternidad.

Hace mucho tus pasos
me traían perfume y caricias.

Ya no comprendes la melancolía,

un vuelo de palomas sobre adobes
y vigas centenarias.

Ya no tienes memorias para mí,

eres alquimia de mares lejanos.

Ya no tienes nada para darme,

acaso... una visita en mis sueños.

Un día,

caminando hacia el ocaso
en la pradera,
escuche tu voz, por un momento.

Un día en que los cerros
se volvían dorados...

...y yo me iba quedando
sin memoria,
y yo me iba volviendo
este silencio.

Los árboles derramados en el viento,
las montañas ardiendo de contrastes.

Hace tiempo —mucho tiempo—
recorrimos el paisaje como aves.

Hoy, en breves pinceladas te recuerdo
difuminada en los contornos de la tarde.

He llorado tu partida

en las piedras deslavadas
por el agua,
he llorado hasta volverme
canto de jarillas.

Fui la sombra de un encino,
el poeta que sueña,
el ángel desterrado.

He sido campanadas a lo lejos,
un poco brisa, un poco ausencia.

Fui una gota de tus lágrimas,
el eco de tus pasos,
altar de la nostalgia desgarrada.

Recuerdo que sentía,
imploro muérdago y rocío,
quizá borrarne con el viento.

Flor temblorosa

en la orilla del río que pasa
arrastrando los despojos
de una era de gigantes.

Blanca, recuerdas haber oído
historias de reinas bajo el agua,
historias de ángeles
que perdían las alas
en el principio de los tiempos.

Niña rubia, quiero verme reflejado
en la tristeza de tus ojos
y morir en la caricia de tus manos.

Esta noche de insomnio

fresca de lluvia y de recuerdos
cuando los murciélagos danzan
bajo la luz de los faroles,
cuando el silbido de un borracho
perdido entre las calles;
y sólo otro cigarro,
otros quince minutos
para ver si apareces
de entre las sombras,
para ver si concretas
esta ilusión irrazonable.

Las tierras, la huella del arado,
el campanario de la iglesia ahogado
entre las casas, al pie de la montaña.

Los fantasmas de las calles polvosas,
tu silueta aguardando el autobús.

Callar...
cuando no queda
más que encender un cigarillo
y despedirte
con una seña de la mano.

Llorar de rabia,
decir tu nombre y desdecirlo
y morir como dicen que morían
los amantes de otros días.

De pronto descubro

que no tengo ya nada que decirte,
que el tiempo
se fue llevando las palabras.

De pronto este silencio,
esta cautividad en el reloj de arena.

De pronto callas
—no me devuelves el poema—
y eres fría, difuminada,
lejana, impersonal.

El mago, desesperado,

pronunció el hechizo,
y la mujer durmió
y los cabellos rubios
le cubrieron la frente,
y las puertas se cerraron,
y las rejas también.

Cayó la nieve
y con el paso de los siglos
que contaba la clepsidra
gota a gota,
los poetas la imaginaban
de cristal.

Según el libro de los sueños,
que se guarda en la isla
de la Fata Morgana,
la mujer despertará
con otro rostro.

III. EL CUERVO Y LA ROSA

Te amo, como nadie te amará

—sé que suena tan gastado—
pero lo digo en serio:
porque no todos atraviesan los pantanos
buscando luciérnagas, fuegos fatuos
o qué se yo;
porque vengo de una raza de visionarios;
porque no todos se conmueven
cuando miran las estrellas.

Estaba tan solo,

el viento silbaba en los pinos
y las casas silenciosas
eran habitadas por fantasmas
de una vieja historia
que escuchamos junto al fuego;
pero hace tanto que perdimos
el estado de gracia de la niñez,
y luego nos fue imposible
encontrar a los amigos
que se deslizaban por el aire,
antes de que sonaran
las gotas pesadas
de la clepsidra.

Hoy dibujo tu rostro en la arena
de un arroyuelo seco
que ya no alegra las tardes,
los días largos, interminables,
de otro verano;
y los pinos se quejan
con voces de demonios,
emisarios de melancolías
que me desgarran la piel
cuando te pronuncio mía,
y el tiempo lo niega, terco,
lleno de atroz vehemencia.

Esta vieja tristeza

de las tardes lluviosas
cuando parten los pájaros;
este silencio, esta penumbra
hablando de sueños
que no se cumplieron;
y luego pasar la mirada
a un techo de vigas antiguas,
y apagar el cigarro
y pretender que te olvido
cuando el paisaje conspira
sugiriendo tu rostro,
sugiriendo otras tardes
en que soñaba contigo,
descubriendo fantasmas
en ruinas de haciendas y ayeres;
y luego este cansancio,
esta ausencia mortal de deseos.

Aunque el mundo

me dé vino y honores,
viajes y bellas mujeres,
no será suficiente
porque yo seguiré buscándote
en otro mediodía,
en otro rostro,
en una imagen difusa
que huye siempre
con los fantasmas de la lluvia
y con los últimos fulgores
del crepúsculo.

Y yo trataré de pintarte

con todos los colores
que nazcan de mi pincel,
y afirmaré que el tiempo
no consigue olvidarte,
y responderás
que te tiene sin cuidado;
entonces vagaré
hasta ser un pájaro negro
cantando los ayeres
entremezclados con el viento.

Amar la tierra,

una tierra familiar
donde se pueda derramar
la propia sangre,
donde el viento acaricie
el tallo de la hierba
mientras nos vamos diluyendo.

Recordarás el ejercicio del poder,
escucharás derrumbarse el imperio
de las viejas soberbias,
pero nunca su nobleza.

Mirarás una tortuga
sumergirse en el agua,
temerosa de tus ojos, y sabrás
que otros ojos te miran
sin que conozcas sus intenciones.

Contemplantas el eterno paso
de las estaciones
y te rendirás ante la evidencia
de la carne, pero el león y la oveja
son de polvo y nadie los confunde.

Los hombres voltearán
hacia el horizonte:
uno se encogerá de hombros,
otro seguirá el sueño.

Calla, descifra el vuelo

de los cuervos
después de la tormenta,
busca en el vapor distante
los signos de la hechicera verde;
sigue las vértebras petrificadas
del dragón, las vertebras
por donde ahora corre el agua.

Calla cuando encuentres la belleza,
no sea que la pisen los puercos.

Tiembla cuando truene el cielo,
mira el rostro de Dios,
míralo de frente por un segundo
aunque luego te quedes ciego,
aunque luego te arranques los ojos.

Fumaba en las tardes

contemplando lo inmenso
—el viejo terrateniente—
con su último soplo de vida,
¡ay!, quería fundirse en la tierra.

Criaturas del lago,

de los profundos valles cadenciosos
que invitan, que se mueven
como serpientes mitológicas.

El hechicero desafía la tempestad
tras un canto de sirenas,
en una búsqueda ciega
que puede traicionarlo,
pero unos ojos entrevistados
le obligan a soportar sus privaciones.

El hechicero pierde toda su magia
y se vuelve un poeta,
un ramillete de jirones ansiosos
por un resto de luz, por una caricia
que le niega la noche.

Dentro de la fuente,
en los reflejos del agua,
en los reflejos
de piedra y musgo un rostro,
el bello rostro de la muerte,
los ojos tiernos del suicida.

Tiemblo al recordarte en el arroyo,
asida de mis manos,
desnuda entre flores acuáticas,
entre las hierbas de la orilla;
tiemblo al recordarte
en las raíces nerviosas de los sauces,
pero luego olvidas la promesa,
te tornas difusa y obsesiva,
grabada como un helecho primigenio,
como el llanto de los dioses en las rocas,
como una virgen de culto milenario.

Escribo junto al lago

las memorias
de los días en que bebía
el agua clara de tus manos.

A veces,
cuando sopla el viento
y arranca las hojas
de los árboles,
cuando siento cercana
la presencia de la muerte.

A veces toda,
a veces nada en el recuerdo.

Tú, la inefable, espuma frágil
de los días en que bebía
de tu copa.

La tormenta difumina el paisaje

con tonos bíblicos;
las golondrinas se guarecen
en las vigas del cobertizo
y una camioneta va, penosamente,
por el camino cercado de púas
y de verdes pastizales.

Olor de paja, tabaco y tierra mojada;
vuelo de palomas huyendo
en busca de un refugio cálido y seco
mientras las gotas furiosas
arrancan trozos de las casas de adobe.

Las montañas se borran
de niebla y soledad,
porque es un canto de tristeza
y alegría entremezcladas,
es Jerjes trenzando
las lágrimas y la risa
ante el paso de sus ejércitos.

Dices que ya no tienes

caricias para darme,
que ya no vuelves,
que no importan las razones
de todos conocidas,
menos por mí.

Dices que un día
te viste al espejo y descubriste
un resquicio de libertad,
pero no es la libertad
lo que te mueve,
no son tus planes postergados.

Dicen que necesitas
un hombre para darte
seguridad y posesiones,
aunque sea un bruto
y lo demuestre,
porque un soñador arruinado
nunca es suficiente.

Reloj de arena

Escapar...
y ser de arena
—un palacio de arena—
reloj de arena.

Escapar...
y ser infinito
y soñar en los valles
que visita la luna
cuando busca un hombre
para amar.

Y quizá de olvido,
y quizá de pena
ir descubriendo las palabras
para conjurar la noche...

...una noche eterna
y silenciosa;
una noche de fulgores
y de arrullos.

Escapar...
y ser de arena
—un palacio de arena—
reloj de arena.

Junto al cerco, en la pradera

y bajo las nubes rojas del crepúsculo
tu figura, imaginada una vez más.

Tal vez, con el aroma del viento
y con las luces lejanas de la carretera
pueda recuperar el sueño
entrevisto hace mucho, mucho antes
de tus besos.

En las grietas de un árbol

pude ver insectos
que eran como joyas
y constelaciones;
ellos hablaban
de un mundo antiguo
como la vida y la magia,
bello, silencioso y cruel
y que sólo recordábamos
en pesadillas,
en las memorias difuminadas
de nuestro ascenso por el fango;
de un mundo de dragones
y guerreros feroces
que se despedazaban en batallas
cuando el principio de los tiempos.

Ella buscaba el anillo

en los nidos de los cuervos:
formaba parte
de un viejo poema
donde los magos,
los caballeros y los dragones
eran cosa de todos los días.

Aunque la recordaba
ella no estaba segura
si la joya había existido,
porque hoy los prados
y los bosques morían.

Descanso, tirado encima de la hierba,

escuchando los últimos latidos
de una infancia que extraviarnos
en los prados.

El cigarro dibuja quimeras
y el otro hombre, el otro que no fui,
a veces me presenta sus reproches.

¡Ay!, este sabor de fatalidad,
la ilusión de un niño que pensaba
en el futuro, hoy presente.

Siempre insatisfecho,
contando los pasos, la elección
—tal vez equivocada—.

Hoy, sin amarte, perfume trágico
de los días que soñamos abrazados.

Hoy, imprecisa en el recuerdo,
trato de alcanzarte para pensar
que de alguna forma existe
continuidad y transparencia.

El viento arranca

la semilla de los árboles
y el cuervo trae una rosa
al altar de los dioses olvidados.

Merlín se borra
difuminado en su risa
de ecos breves.

El hada es víctima de melancolía
y la sombra del aire se mueve,
por un segundo, en el agua.

Flor de quimeras,
espada ardiente de la musa,
del cansancio y de la fiebre.

Ella, encerrada entre los muros del ayer,
cobijada de silencios conventuales.

Ella, dentro de las bóvedas oscuras,
entre el arrullo de las palomas,
entre las golondrinas.

Ella, hermosa y frágil,
herida por las garras del poema.

A lo lejos, las niñas pasan

y se persignan,
y conocen la melancolía
cuando miran las puertas
de un rancho
de apariencia conventual.

Es una tarde nublada,

la brisa juega
con las espadañas y las hojas.

Leo en las páginas prohibidas
de tu alma, enciendo un cigarillo
y miro cubrirse de lluvia las montañas.

La pradera lastima,
un musgo esmeralda se adhiere
a la corteza de los árboles
despertando mis momentos sagrados,
lo momentos que para ti son nada.

Tú, la mujer de miel,

la bestia rubia que lloraba
después de clavar me
agujas de hielo,
la que no hizo nada
para detenerme,
la que tocaba a la puerta
de los sueños
para que yo despertara
bañado en lágrimas.

Tú, la mujer de miel,
la bestia rubia que reía,
que besaba como ascuas,
que me abrazaba
con un abrazo de espinas.

Tú, la que calla, la que sueña,
la que siempre canta en la memoria.

Cuando pronuncio tu nombre en el pozo

y te siento derramada sobre mí,
cuando quiero lamer tus raíces
para volvernos un solo gemido.

Cuando grito buscándote
con las últimas luces
y luego compruebo que no estás,
que son los cuervos, quizá el viento,
quizá las voces fantasmales
de la montaña.

Dentro de tus muros antiguos

registro las canciones del viento
y duermo en la paja
soñando con los días que vendrán;

otras veces, ebrio del paisaje
donde grita el cielo
con presagios de lluvia
puedo mirar fantasmas
escondidos en las vigas:

el recuerdo de mis ancestros
fluye en los rincones
y luego se transforma
en vuelo de palomas
huyendo entre los barrotes
de las ventanas.

Escucho a los dioses de la lluvia,

miro como huyen los pájaros
y veo diluirse los ranchos lejanos.

Huele a tierra mojada,
huele a tu pelo,
y la pradera recuerda tu voz
y el cielo violáceo agoniza.

Hace mil años te besaba
después de contemplarte,
hace mil años entraba en ti
y las gotas de la lluvia golpeaban
la hoja blanca del poema.

Tú lo negarás todo,

y yo miraré la lluvia
caer al pie de los faroles,
y mis ojos recorrerán
las duelas de la casa
para cosechar insomnios,
y reconocerán la noche
y las viejas razones
de lo imposible,
y seguirás ausente
y nada de lo que pueda decir
cambiará la evidencia
de mi lecho frío,
y te llamaré fantasma
y quimera,
y tomaré un trago
fingiendo que te olvido,
y fumaré un cigarro
como en todos mis poemas,
y crearé mundos
que nadie más podría crear,
pero en ellos serás
poco menos que una sombra.

Todavía puedo
escalar murallas
y matar dragones.

Todavía me queda
un resto de magia
para escribirte
el último poema.

Y ahora un avance especial de:

Jardín de luna

De:

Elko Omar Vázquez Erosa

<https://amzn.to/31SucSd>

ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA



VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

I. REMEMBRANZAS: LA FLORESTA Y LA LLANURA

Motas de polvo

suspendidas en el aire
que rabiosas de luz como tus ojos,
vienen a adueñarse de lo oscuro.

Universos efímeros y fantásticos:
antes del primer salmo de la creación
estaban sometidos al capricho...

Motas de polvo mientras dormías
—un silencio de rumores por la tarde—
sumergida entre figuras
y matices de lagos-chocolate.

Eras como de adobe,
cantando tu belleza los intrusos rayos
deslizaban el tacto
por esas formas tan bien trazadas...

...y por el ébano que en finas hebras
chorreaba de tu almohada,
y por los vagos sueños
que poblaron con fantasmas
tu dormir de almendra caída,
tu dulce abandono de sílfide.

Vestida de ensueño,
perfume de abril,
suave pendiente de voces
que asesina los silencios
como un veneno dulce.

Rocío, agua lustral,
lluvia que se estrella
en los cristales
y en los techos de lámina
—eternidad—
las montañas
como imágenes borrosas
de un impresionista.

Los sentidos columpiándose
junto al abismo, coludidos.

Un sorbo de vino turbio,
volutas de humo azul
que escapan por los hoyuelos del granero
y el paisaje que habla de recuerdos,
de luchas y conquistas, de viajes por el mar.

La lluvia como púas de hielo,
tu mirada que se pierde en un rincón.
Es a mí, no soy yo, es otro,
algún objeto que tocaste con las manos.

Aire helado que desea formar parte de los huesos,
que resbala entre las hojas, empapando mi ropaje.
Suelo que se hunde disfrazándose de espuma,
que se abre malicioso, invitándome a soñar.

La locura, las peleas,
la gloria y la pasión,

pero vendrían hilos de agua
a robar el sentir de las cosas
y me vería obligado a formarle con barro.

Otra vez el agua...

Respiro húmedo y frío,
se congelan las entrañas,
la lluvia como púas de hielo,
tu mirada que se pierde en un rincón.

Es a mí, no soy yo, es otro,
algún objeto que tocaste con las manos.

Desde entonces te inventaba,

en el juego ocioso y en las líneas de mis libros,
en el barro que está en la orilla del arroyo,
en los juguetes y en los mitos.

En las noches tenebrosas, cuando faltaba la luna,
entonces te creaba con la flama de las velas,
con el sonido familiar del viento en las rendijas.

Duermo en la orilla del río,

en la caricia musical del agua
que sueña contigo.

Se carga el cielo de humedad
y vuelve perfume el adobe de las ruinas.

Vienen las historias de los viejos
en el aire,
las historias que se ocultaron
en la hierba
cuando comieron los gusanos
sus palabras.

La tormenta va esculpiendo tu rostro
en cantera de caminos,
horadando hasta la roca
para fijarle tu imagen con cincel.

Vista panorámica
en la vieja heredad de los abuelos,
silencio de los gritos que oía cuando niño
—se ve tan triste—.

Vienes a invadirlo todo,
siempre estuviste
entre las hojas del maíz,
en los surcos de la tierra,
en los valles y en los pinos...

...en los llorones que bajan sus ramas
al fondo del estanque,
en los antiguos corralones
que se desmoronan
y en las vigas que se caen
en pedazos.

Vienes a borrarlo todo,
lo que no pudieron
las revoluciones ni los siglos,
lo que ya a nadie importa,
la moneda que perdió todo su lustre.

Estoy como desnudo,
no sé quién soy,
tengo el hambre de los lobos,
el anhelo de corrientes subterráneas
por la luna.

Voy escarbando arena para olerte
porque tienes en la carne las memorias,
los perfumes de las diosas.

Voy persiguiendo
caravanas fantasmales
por los desiertos,
por los caminos de la sinrazón.

Cuando aprendías a pintar tus labios

—cuando apenas, apenas aprendías—
y los secretos de los hombres,
no te importaban las lecciones del maestro.

Sólo tenías ojos para la ventana,
para sueños dibujados entre cerros,
y los desvelos ocasionados
por las horas que perdíamos en el aula,
muy pronto se desvanecían.

Era tu luz de inocencia maldita,
dorados rizos de muñeca antigua
rasguñando el aire con deseos de libertad,

presagiando cómo decidió la rueca
separar nuestros linderos.

OTROS LIBROS DEL AUTOR

ARPEGIOS Y FANTASMAS

Elko Omar Vázquez Erosa



Voluptuosidad es la palabra

Poemas en tonos ocre que se desmoronan como muros de adobe, bajo la lluvia.

VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA
ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA



Poemas amargos, reflejo de ciudades demenciales y de furtivas resonancias, transidas de nostalgia.

VESTIGIOS



ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA

DE ABRIL

VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

Poemas que lloran el final de la inocencia y que tienen como fondo los mitos dionisiacos.

Contenido

I. Apuntes de viajero, 3

- Antes de llegar a ti, 4*
Las luces distantes, 5
Por el camino de la ciénaga, 6
Él seguía buscando, 7
La llanura, 8
Si por un momento, 9
A veces, en verano, veo deformarse, 10
Apuntes de viajero, 11
Poco después de la lluvia, 12
Lamiendo mis heridas descubrí, 13
Aguardo con paciencia, 14
La esperaba, ella me miró, 15
El viejo árbol, 16
Doña Chu hablaba junto al fuego, 17
Un día, impulsiva como eras, 18
Este lago de cisnes y cristal, 19
Yo, buscador de quimeras, 20
Este pueblo de espectros, 21
Ella duerme dentro del agua, 22
Una vez desperté y vi un ángel, 23
El Refugio, 24
Hoy, contando las veces que te amé, 25
Eres canto de fantasmas, 26
En las memorias de Betsabé, 27
¿Por qué quería volver?, 28
Los indios hablan, 29
Doce de la noche, 30
Caminé hasta la orilla, 31
Busco la condición primera, 32
¡Cuán inútil invocarte!, 33

II. A veces regresan, 34

Ella, mujer nostalgia, 35

Flor de tu pelo, 36

Pincelada violeta del crepúsculo, 37

Y vi los árboles reflejados en el agua, 38

Queríamos cosechar estrellas, 39

La seguí bajo la fría llovizna, 40

Gritas, 41

Estuve pensando en ti, 42

Duermes, 43

Escribir un poema nostalgia, 44

Nadie pasa por las calles del pueblo, 45

Sigues callada, 46

Yo esperaré, 47

Oscura lontananza de los valles, 48

Quisiera tenerte a mi lado, 49

Estuve a punto, 50

Hoy, lobo entre los lobos, 51

Un cerco hundido, 52

Por las noches, el carretero, 53

En las ruinas de una hacienda, 54

Dentro de tus muros, 55

Este poema de hojas en el agua, 56

Ya no comprendes la melancolía, 57

Un día, 58

Los árboles derramados en el viento, 59

He llorado tu partida, 60

Flor temblorosa, 61

Esta noche de insomnio, 62

Las tierras, la huella del arado, 63

De pronto descubro, 64

El mago, desesperado, 65

III. El cuervo y la rosa, 66

Te amo, como nadie te amará, 67

Estaba tan solo, 68

Esta vieja tristeza, 69

Aunque el mundo, 70

Y yo trataré de pinterte, 71

Amar la tierra, 72

Calla, descifra el vuelo, 73

Fumaba en las tardes, 74

Criaturas del lago, 75

Dentro de la fuente, 76

Tiemblo al recordarte en el arroyo, 77

Escribo junto al lago, 78

La tormenta difumina el paisaje, 79

Dices que ya no tienes, 80

Reloj de arena, 81

Junto al cerco, en la pradera, 82

En las grietas de un árbol, 83

Ella buscaba el anillo, 84

Descanso, tirado encima de la hierba, 85

El viento arranca, 86

Ella, encerrada entre los muros del ayer, 87

A lo lejos, las niñas pasan, 88

Es una tarde nublada, 89

Tú, la mujer de miel, 90

Cuando pronuncio tu nombre en el pozo, 91

Dentro de tus muros antiguos, 92

Escucho a los dioses de la lluvia, 93

Tú lo negarás todo, 94

Todavía puedo, 95

Un adelanto de Jardín de luna, 96

Otros libros del autor, 106